

COSAS DE LA VIDA

(CUENTO)

DON Venancio Rentero, prestamista sin conciencia de Salora, acababa de sumar las columnas de números, que representaban enormes utilidades, cuando se abrió la puerta del despacho y apareció Amparo fresca, limpia y perfumada, a dar los buenos días a su progenitor.

Mentira parecía que aquel hombre rechoncho y colorado, de roma y aplastada nariz, ojos claros de gato montés cejas erizadas y bastas como esparto y cerviguillo de buey, fuera padre de la linda muchacha, que contemplaba su gentil figura en los cristales de un armario lleno de libros viejos y deteriorados. Apenas contaba Amparo veinte años, aunque representaba alguno más por lo grave y espiritual de su semblante ovalado y marfilesco, cuya blancura destacaban los ojos, grandes y húmedos, que, como las luengas pestañas, rivalizaban en negrura con el pelo abundantísimo, donde fulguraban reflejos de azul sombrío.

Era alta, delgada y no corto su talle, erguido sobre las bien moldeadas caderas, las curvas del busto y la garganta tenían morbideces seductoras, y su andar elegante acababa de realzar la belleza e ingénita distinción de la hija del acaudalado usurero. Este, que se acreditaba de soez e ignorante a los cinco minutos de conversación, sentía un amor inmenso por su único retoño; pero, como de avaro, de amor receleso y suspicaz. Empleara en su hija, sin empacho, doble o triple cantidad de la asignada en el presupuesto casero; quería verla admirada y considerada por todos, cual si fuera la muchacha estrella del quinto cielo caída en esta tierra miserable por especial favor divino, y soñaba con un príncipe ruso o un lord encopetado para yerno, que añadiera los timbres de la más pura nobleza a las demás hermosas condiciones que Amparo reunía.

Y si hasta entonces el viejo usurero había sufrido más de un berinche viendo a su hija aislada del trato de la aristocracia de Salora, a la sazón las cosas tomaban mejor cariz para los planes de don Venancio con las muestras no recatadas de entusiasmo del teniente Tavares. La justa mala fama del prestamista retraía a las más distinguidas jóvenes de la amistad de Amparo; así como la belleza, la fortuna y la elegancia de ésta hacíanla objeto de la envidia de las salrolenses, quienes, aparentando desdén a la hija de don Venancio, rabiaban de despecho viéndola admirada y festejada por todo el elemento masculino.

Estas y otras compensaciones de los hombres suelen ser, en ca-

bezas de partido y capitales como Salora, terribles crímenes de lindas muchachas, que no perdonan las presuntuosas hidalgüelas estigmatizadas con el infamante *inri* de *cursis*. Y por si algo faltaba a Amparo para ser aborrecida por sus amigos y conocidas, prendóse de ella como un loco el hombre de moda, el teniente Tavares, cabeza desquiciada por un corazón de fuego, lanzado a toda vela en los mares del placer y la disipación.

Hijo del veterano general conde de Azagala, cuya noble alcurnia dignificaron aún más las proezas militares, Alvaro Tavares y Rizoso era el tipo del oficial calavera y pródigo, amante de la jarana y la bullanga, pero caballero y noble hasta en los momentos de diabólico desenfreno. Las locuras infinitas que cometió en Madrid y lo empeñada y maltrecha de la fortuna paterna, determinaron al conde a pedir el traslado de su hijo al regimiento de caballería de guarnición en Salora, e inesperadamente el teniente Tavares tuvo que sustituir el alegre uniforme de húsar de la Princesa por el oscuro de lancero, y trocar la vida furibundamente deleitosa que llevaba en la corte por la monótona y aburrida de una capital de cuarto orden. Pero temperamentos como el de Alvaro de Tavares encuentran donde quiera elementos, medio y ocasión adecuados para dar pasto a sus aficiones; y a los seis meses de su llegada a Salora debía unos cientos de pesetas; se había entregado enloqueciéndolas, a todas las mujeres bravuconas y a las menos averiadas de las siervas del placer, y no existía chamizo ni hembra alegre y querenciosa que no hubiesen escuchado los tangos retozones y truhanescos y las malagueñas dulzonas que, acompañándose con primor a la guitarra, cantaba con poderosa y bien timbrada voz de barítono el bizarro teniente de lanceros. Júntese al valor de tales hazañas, positivo para ojos femeniles, una figura arrogante, llena de natural elegancia, con el frac y con la guerrera; lo atractivo de un genio expansivo, noblote, campechano, aunque turbulento; una linajuda prosapia, título de Castilla con grandeza, y como corolario, vínculos y relaciones en la aristocracia e influencia con todos los hombres políticos; y dígame si tantas prendas no era, con justicia, cebo más que suficiente para que la plutocracia y caciquería salorense anhelase dorar los blasones emohocidos de la casa de Azagala con la dote de alguna de las niñas que constituían la *crème* de Salora; banda de palomas que suspiraba por un milano.

Calcúlese cómo acogería el cogollito de las elegantes las distinciones de que era objeto Amparo de parte de Tavares; cuál comentaría los fogosos requiebros y el entusiasmo sincero, que hacía exclamar al gallardo oficial: —¡Quién!... ¿La de Rentero?... Esa es la perla de este villorrio indecente.

Amparo no estaba menos enamorada de Tavares; y por añadidura, don Venancio, que soñaba con un nieto conde o marqués, fomentaba los sentimientos de la joven, sabiendo que correspondía a los entusiasmos del teniente.

—Hazle caso, si te gusta, que tienes para llevar un condado más oro que el que muchos se figuran.

—Padre, no hables así—exclamaba Amparo ruborosa de placer.

—Si que lo hablaré, cuerno. ¿Se han figurado, por si acaso, que sería una locura y aquí no sabríamos sostener un marquesado?

—Pero si él no me ha dicho nada, y, además, es fácil que no piense en ello. Ya ves qué vida más... divertida lleva —y la dulce y cadenciosa voz de la joven hízose opaca por cierto despecho.

—Déjalo, que ya parará. Le conozco bien, y es como mi difunto cuñado, a quien llamábamos *Borrascas*, todo corazón... Después de mil locuras, se casó con una mujer como tu tía Rita, que no te llega a la suela de los zapatos, y, ya se vió, un hombre de bien.

—Pero, padre, si de ése dicen tanto... tanto...

—Que digan lo que quieran, ya lo sé. Que si le ha puesto casa y se gasta un dineral con la *Cacharra*; que si fué con el mantón famoso de ella, vestido de máscara, a un baile de candil; que si debe tanto o cuanto... Total, chismes y enredos de los que, como Purita y Paquita y... se mueren de envidia. Tú hazte caso de tu padre; si te peta... arrea, que aquí está el tío del zurrón con la moneda.—Y se fué tan orondo y satisfecho, dejando a su hija entregada a la faena de levantar esos mágicos alcázares de dicha y amor donde se aposenta todo bien.

Entretanto, Tavares era acometido de serias cavilaciones, pulsaba sus propósitos y refrenaba un tanto sus entusiasmos ante la visible agitación de las *tijeras* de Salora, que los despellejaban con fruición. Pero tal reparo fué arrollado por las briosas excitaciones de sus sentimientos, estimulados por la vista de Amparo, tan bella, tan sencilla, que en su semblante de *madonna* se reflejaban las huellas de una lucha entre el amor y las conveniencias, lucha en la que, si la dignidad de la joven salía vencedora, no hasta el punto de velar sus ojos húmedos y profundos, que parpadeaban nerviosamente cuando se encontraban con los fulgurantes de Tavares. Y comenzó a dar frutos la agitación de las *tijeras*, formándose sorda marejada contra el amor de Alvaro y la de Rentero; toda Salora tomó parte en la cruzada, haciendo de valladar para la espontánea manifestación de tal cariño, y mientras a Amparo llegaban los juicios más desfavorables del teniente, éste tenía que oír la sátira mordaz y sin entrañas esgrimida contra el usurero y su hermosa hija.

Había pasado el imperio tibio y dulce de la primavera y se preludiva el verano con fuertes calores y pesados bochornos en los largos días de fines de mayo, echando de casa a las gentes por la noche y reuniendo a lo más selecto de Salora en la plaza, en cuyo raquíptico paseo, plantado de acacias, se respiraba el aire, se tomaban refrescos y se lucían blusas y sombreros. Formábanse corros dispersos por jóvenes y viejos, y a uno que parecía animadísimo por risas y cuchicheos se acercó Alvaro Tavares, cuando cesó la animación con la llegada del teniente, recibéndole con violenta amabilidad Purita Gómez, astro de primera magnitud, que lucía sus fulgores todos los veranos en la *Assamblea* de Granja, estación portuguesa sucursal de *Cursilópolis*; Paquita Rico, hija del único banquero salorense, fatua y tan corta de alcances como su papá, y Clara

Pardo, viuda independiente y de buen ver, ansiosa de marido, para cuyos menesteres ninguno tendría pero, con tal que no fuere enclenque y estudioso como el difunto médico, víctima de la tuberculosis, cuya muerte lloraba hasta hallar al sustituto. Acompañaban a tan elegantes muchachas—Clara pasaba por tal—dos gomosos salorenses, abogados en fuerza de recorrer kilómetros en ferrocarril y conocer Universidades, y Mateo Centeno, muchacho parásito, cínico y valentón insufrible, a quien se le reía cuanto hablaba y hacía, por miedo a lo mordaz de su lengua y lo ligero de sus manos. A éste precisamente se dirigió Tavares con *las de Caín*, presumiendo que el matón haría el gasto a costa de Alvaro o de sus amores. En ninguna parte se hablaba de otra cosa.

—Parece que estaba usted muy gracioso, Centeno; no enmudezca por mí, pues me sería grato hallar ocasión de reír sus agudezas.

—Viene usted desorientado, Alvarito; la aguda era Clara, que nos empezaba a referir una salida de don Venancio Rentero.

—No sea usted comprometedor, Centeno—dijo la aludida abanicándose con pachorra, mientras comprimía la risa que le retozaba en los labios gorditos y sensuales.

—¿Yo comprometerle a usted? De ningún modo... Diga usted que acaso sea poco caritativo el participarle a Tavares, y quizá tenga razón; pero, ¡qué demonche!, como estos militares no temen a las emboscadas y son gente de pelo en pecho...

—Y tanto, señor mío, y tanto... Pero debiera usted explicarme eso de la poca caridad...

—Si no deja usted ese tono, nada sabrá, Tavares—interrumpió la viudita.

—Emplearé el que usted desee.

—¿No pretende usted a la *Rentera*?—preguntó Clara, diciendo la *Rentera* con marcado empacho.

—Eso han dado en decir; pero...

—Cuando el río suena, agua lleva. Además, que yo les he visto a usted y a ella de *flirteo*, y... vamos, no querrá usted que comulgue con ruedas de molino.

—No pretendo eso—contestó Tavares visiblemente molesto—; mas no sé que tenga usted credencial de infalible.

—¡Ah! Pues si me he equivocado, no veo inconveniente en contar el caso, sin que ponga nada de mi cosecha. Pues el bueno de don Venancio parece que necesitó hace poco tiempo la partida de su casamiento para uno de los... variados negocios a que el bendito hombre se dedica, y la partida no parecía. Busca por aquí, busca por el otro lado, y, ¡nada!, sin hallar el documento. Preocupado con la pérdida, púsose tristón y caviloso; y viéndole en tal estado, cierto sujeto le preguntó la causa, contando Rentero la verdad del caso con esa simplicidad que le caracteriza cuando no se trata de hipotecas y tanto por ciento; pero de pronto exclamó, dándose una palmada en la mollera: —¡Toma! Ya sé donde ha de estar: en el único legajo donde no he buscado; entre las adquisiciones... con pacto de retro.

Todos rieron el mordaz relato que hizo Clara donosamente, poniendo en caricatura felicísima al prestamista, y el mismo Tavares no fué dueño de resistirse al chiste.

—¿Y pareció, al cabo, la partida de casamiento?—preguntó Paquita, recalcando la palabra casamiento.

—Creo que no, hija mía.

—Pues con pedir otra al cura—añadió Purita con la intención de un toro.

—No creo que haya cura que la encuentre—respondió Centeno, consumando la infamia de propalar la hipótesis del nacimiento ilegítimo de Amparo.

—Ese chiste es sencillamente una injuria cobarde—saltó Tavares al sentir la puñalada traperera.

—Alto ahí, señor militar. No se meta usted a defensor de doncellas menesterosas cuando nada le va ni le viene; yo daré satisfacción cumplida de mis palabras así que se me pruebe que son calumnia.

—De todos modos, cuando cobardemente...

—Basta, señores.

—¡Por Dios! ¿Qué es esto?

—¡Qué bobada!

—¡Centeno!

—¡Alvaro!

El lance no pasó más adelante y Tavares se fué.

—Eso porque no le importa la *Rentera*.

—Ahora—dijo Purita—puede hacerla esposa morganática. ¿No es así, César?—concluyó la clorótica virgencita de cárdenas ojeras que veraneaba en Granja.

Alvaro Tavares retiróse, regolfando ira y bilis, con la intención de provocar camorra al abominable parásito y meterle una bala entre las costillas; pero cohibiale lo falso de su posición respecto de Amparo, pudiendo ser barrera entre ambos un lance cual los que motivan ciertas mujeres. ¿Y si era cierta la ilegitimidad del nacimiento de la joven? Porque a Rentero le juzgaba capaz de ser protagonista de cualquier irregularidad, y fueron terminantes la palabras del canalla de Centeno para rechazar de plano tan grave acusación.

Pues no se diga, si Amparo ignoraba su desgracia y el duelo servía de pretexto—que sí serviría—para que pudieran descubrirla? ¡Qué iniquidad! Y él sin acabar de mostrar franca y noblemente su amor a la joven, sabiendo que era correspondido, por cobardes respetos a una desenfadada murmuración. Ahora era gravísimo el dar el paso, pues aunque a Tavares no le arredraba el lunar descubierto en la de Rentero, sin embargo, pensar que el conde y toda la familia aceptarían a una muchacha, aunque buena, rica y hermosa, fruto de la unión reputada de ilegítima de un prestamista sin conciencia con una burguesa indocumentada, para mujer de él, de Alvaro Tavares y Rizoso, futuro Grande de España y conde de Azagala, emparentado con toda la aristocracia, oficial del Ejército..., era pensar en lo irrealizable. Su dignidad y su linaje protestaban contra la posibili-

dad de semejante matrimonio, y no le quedaba otro camino que ahogar su incipiente amor y partir de Salora. Entonces se preguntaba qué sería de Amparo, abandonada a los comentarios de aquellas lenguas venenosas, que darían a su partida el carácter de una fuga depresiva para la joven. Veíala Tavares en el batallar de sus sentimientos más bella y espiritual que nunca, realizada su noble hermosura por inmerecido sufrimiento, y aquellos ojos negros, que le enloquecían, reprimían con titilante parpadeo la desesperación, que pugnaba por desbordarse en lágrimas, mientras se le contraían dolorosamente los labios para no formular ni un reproche. Apoderábase del teniente el frenesí con tal imagen y se decía que la amaba como no amaría a otra ninguna, que únicamente Amparo le haría feliz, y no sólo juraba hacerla su mujer, sino que habían de vivir y pasear ostentosamente su dicha ante las miradas envidiosas de aquel vecindario de alma mezquina.

Pero en seguida volvía a dejar oír su avinagrada voz el fantasma de su dignidad, y le reprochaba airadamente el acariciar siquiera el proyecto de la unión con una muchacha con mácula de origen, como si fuera un *pescadotes* sin decoro. ¡Y qué dote! Amasada con lágrimas de infelices arruinados, cuyo destino era lustrar los blasones de Azagala, los cuales debía borrar la ignominia de un enlace de amor, que más parecía ayuntamiento de un vividor, de un rufiancillo. ¡Un Tavares agenciándose los millones de un usurero! Y en tan tremenda lucha, la dignidad, venciendo sobre el corazón, aconsejó al teniente que escribiera a su padre pidiéndole le sacara de Salora, y así lo hizo, amenazando con pegarse un tiro.

Entretanto, Amparo moría de incertidumbre, en espera de la declaración de amor, presumiendo fundadamente los escrúpulos de Tavares y con el temor de que fueran más poderosos que los sentimientos de Alvaro, hasta entonces manifestados; y si eso ocurría, ¡adiós ensueño de dicha y alcázar de felicidad! Las prendas de Tavares la enamoraban; pero las palabras de don Venancio, la soledad en que vivía la joven, su aislamiento relativo en sociedad, donde se la hacía entender por las mujeres que se la toleraba sin estimarla, mientras los hombres no veían en ella sino una preciosa escultura y una magnífica dote, todo esto era incentivo poderoso para que se inflamase más el fuego que sentía cuando el gallardo teniente la envolvía en miradas de pasión, que recordaba más tarde con estremecimientos desconocidos. Nadie como Alvaro Tavares podría redimirla de la memoria del origen de su fortuna, dándole su nombre sin mancilla contra el cual se estrellarían las envidiosas murmuraciones de aquellas lenguas de escorpión que albergaba Salora. Pero sobre todo, él, tan arrogante y fino, lleno de pasión, caballero hasta en sus locuras de muchacho, todo corazón, tempestuoso y alocado porque no había sentido el dique del amor verdadero, del hermano del respeto y padre del sacrificio. Ese cariño casto y santo que aduna la constancia sin tedio y la pasión sin los rugidos, ella se lo ofrecería como lo mejor de su ser; y siendo cierto que el alma de Tavares era noble y generosa, germinaría en él como semilla en tierra fecun-

da, y después, ambos, sin rencores ni vanaglorias, pasearían su dicha entre los murmuradores y envidiosos como ejemplo digno de ser imitado. Y la exaltada fantasía de Amparo volaba por los quiméricos mundos de su dicha, hasta que la memoria le traía el juicio y la figura moral que toda Salora trazaba de Tavares. ¡Alavera desenfrenado, amante de la *Cacharra*, vividor confinado en Salora por cien canalladas que le hacían inaguantable a toda su familia, y que ahora encontraba cómodo y expedito pescar una dote cuantiosa y dilapidarla entre mujerzuelas y perdidos, si no era que tomaba a Amparo por una distracción más grata que apurar cañas y entonar coplas indecentes en la trastienda del señor Juanito el *Garbancero* o entre las pupilas de la *Maimona*. Protestaba contra tales juicios la enamorada muchacha; pero hasta su tía, la mujer del famoso *Borrascas* estorbaba los amores de su sobrina con Tavares, yendo con la corriente por estímulos de una sorda antipatía a la nobleza y a los planes de don Venancio.

La oleada de murmuraciones se desenfrenó en tiendas y reboticas, casinos yorros, y ambos jóvenes comprendieron que había que sucumbir ante una opinión escandalizada que los había separado por un río de fango. No podían juntarse sin llenarse de lodo; sus amores eran contubernio abominable, y ni la hija indocumentada de un usurero de baja extracción podía ser amada por un noble, militar y caballero como Tavares; ni una chica digna y buena podía dar su mano y su fortuna a un vividor corrompido hasta el extremo de explotar los timbres de su alcurnia y linaje para pescar una dote. ¡Singular fallo, en que la dignidad de los dos vedaba por indigno su cariño!

Llegó el traslado de Tavares, y dispuso su partida inmediata, despidiéndose de contadas personas, entre ellas de Amparo y de su padre.

—Pero, hombre, ¿conque nos deja usted?

—Sí, señor. La vida se me había hecho aborrecible en Salora después de haber soñado con algo que no ha de realizarse.

—Usted—le replicó Rentero enseñando hasta la pezuña—lo que debía de hacer era casarse y...a vivir.

—No puede ser, don Venancio. En mi familia, raza de militares, es tradición que ninguno se case hasta que sea comandante, y ya ve usted, yo...—y con dolorosa sonrisa mostraba al prestamista la manga de la guerrera—. Adiós, señor Rentero; ahora me tendrá en Madrid; luego... A los pies de usted, Amparo; crea que siempre será su amigo.

Y saludando con incomparable elegancia, doblando la cintura ante la bella muchacha, que lividecía de emoción, el teniente Tavares la miró con ternura y salió. Cuando don Venancio volvió de despedirle, encontró a su hija que lloraba silenciosa, como marmórea estatua del desconsuelo.

—No te apures, hija mía que si es de ley...

Y aquella noche cálida, rumorosa y serena de junio, en que flotaba en la atmósfera polvillo fosforescente, Alvaro Tavares, desde la

ventanilla del vagón y Amparo Rentero en la azotea de su casa, contemplaban con melancolía infinita la profundidad inmensa del cielo cuajado de estrellas. Acaso, si la emoción se lo hubiera permitido, en ese adiós doloroso a una ilusión naciente, muerta en flor, mientras la mirada vagaba de lucero en lucero, de constelación en constelación, el entendimiento les dijera a ambos jóvenes que aquel episodio de su vida podía compararse al paso simultáneo de dos cometas por los puntos casi tangentes de sus órbitas, y en aquel instante, uno a otro, se envuelven en su luz y parece que van a juntarse...; pero en seguida siguen fatalmente su rumbo parabólico, sin que ya hayan de confundirse ni siquiera verse nunca, nunca...

DIEGO MARÍA CREHUET

Direcciones de Colaboradores de "Alcántara"

Como venimos observando que muchos de nuestros lectores desean entablar correspondencia con los firmantes de los trabajos que en esta revista se publican, y para ello primero han de escribir a esta Redacción para que les facilitemos las señas a que dirigirse, comenzamos en este número la publicación de aquellas señas que nos ha sido posible reunir, y rogamos a los demás colaboradores nos envíen las suyas, para también darlas a conocer en sucesivos números de ALCANTARA

- Acedo Iglesias, Dionisio.—Plaza de América. Cáceres.
 Borrachero, Miguel.—Notario. Totana (Murcia).
 Bravo, Fernando.—Avda. Virgen de la Montaña, 25. Cáceres.
 Caba, Pedro.—Burjasot (Valencia).
 Calderón Rodríguez, Andrés.—Calvo Sotelo, 61.—Badajoz.
 Callejo, Carlos.—Pasaje Virgen de la Montaña, 2, 2.º Cáceres.
 Canal, José.—Plaza General Mola, 30. Cáceres.
 Cardenal García, Mariano E.—A. de Correos, V. de Alcántara.
 Carrasco, Cástulo.—Donoso Cortés, 27. Cáceres.
 Cordero, Juan Luis.—José Antonio, Cáceres.
 Delgado, Jesús.—Zarza de Alange (Badajoz).
 Francisco-Emilio García García.—Avenida Reina Victoria, número 4 5.º C. Madrid.
 Gazul, Arturo.—Enrique Granados, 116, 3.º, 2º. Barcelona.
 Hinjos, José de.—1.ª Transversal de Cánovas, 6. Cáceres.
 Muñoz de San Pedro, Miguel.—Plaza de Santa María. Cáceres.
 Pérez de Pérez de Villar, Manola.—Enladrillado 19. Sevilla.
 Romero Mendoza, Pedro.—Gómez Becerra, 2.—Cáceres.

YO ESTABA ALLÍ SENTADO

A José Canal

1

En el umbral sentado,
 de par en par la puerta,
 humilde franciscano
 de mi paz y mi hacienda.
 Yo temblaba de noches
 ante un Dios de tormentas;
 tenía el alma sencilla
 de provinciano asceta,
 un corazón a flor
 y era un poco poeta.

2

Después tuve mujer,
 hijos que me dijeran:
 ¡padre!; a voces, a gritos
 para que yo lo oyera.
 Mucho he pensado, mucho,
 en estas vidas nuevas,
 en esta sangre mía
 creciendo en mi presencia.
 De tanto mirar tuve
 que llorarlos con pena.

3

Hoy, buscando el pan diario,
 como los hombres-fieras,
 voy, vengo, lucho, mato,
 aunque el alma me duela.
 Donde quiera que vaya
 debo ganar mi presa.
 El corazón a la calle...
 Yo a ser hombre cualquiera
 ¡Dame, mujer, que es tarde
 gabardina y cartera!

Jesús DELGADO